

CAMBIO  
Y  
CONTINUIDAD:  
EL  
PACTO ANDINO  
EN LA  
HISTORIA CONTEMPORANEA

IIª parte y final

por el prof. CLAUDIO VÉLIZ

Director del Instituto de Estudios Internacionales  
de la Universidad de Chile

*Los cambios*

Es evidentemente difícil y se presta a controversia establecer la importancia relativa de las continuidades en la determinación de una situación contemporánea específica, pero infinitamente más complicado es el problema —sin solución definitiva, desde luego— de escoger entre la multiplicidad de cambios que caracterizan a nuestra época, aquellos que tienen influencia significativa sobre la vida política de un grupo de países. Para ordenar mejor esta parte de la hipótesis de trabajo que intento presentar, trataré de proceder desde lo general hacia lo particular, empezando con aquellos cambios que afectan a la situación internacional en su totalidad para llegar a una consideración de aquellos que a mi entender modifican especialmente la situación política de los países del Pacto Andino.

*El fin de la Guerra Fría*

Existe discrepancia respecto de fechas, pero evidentemente la Guerra Fría terminó durante la década de 1960. Se podría argumentar que el comienzo del fin lo marcó el conflicto Chino-Soviético, que la conferencia de prensa del General De Gaulle, a principios de 1963, ofrece un buen hito para señalar la reordenación política de la coalición occidental. Cualquiera la fecha, el hecho que creo conveniente destacar es que el fin de la Guerra Fría marcó también la terminación de un período durante el cual la política exterior de los países de América Latina encontró limitaciones considerables para su proyección hacia el ámbito extralatinamericano.

La modalidad intra-latinoamericana de la política exterior de nuestros países durante el siglo pasado y las primeras tres décadas del actual, no encontró desafíos importantes que la orientaran hacia una participación mayor en los asuntos mundiales. Este desafío eficiente surgió por primera vez como consecuencia de la gran crisis de 1929 que impresionó en los latinoamericanos el convencimiento de que nuestros países se encontraban en una posición eminentemente dependiente de factores y decisiones sobre los cuales no tenían ni conocimiento ni control efectivo a ningún nivel. La gran crisis que tuvo efectos devastadores sobre la economía de nuestros países, reforzó lo que movimientos políticos revolucionarios y nacionalistas habían estado predicando sin mucho éxito durante la década anterior. Una situación de desem-

pleo masivo, paralización económica y gravísimo deterioro de los términos de intercambio, causados no por una administración ineficiente o corrupta, sino por fenómenos financieros ocurridos en otras latitudes y sobre los cuales ninguna ingerencia cabía a los gobiernos soberanos de nuestros países, no pudo sino reforzar considerablemente las posiciones nacionalistas. Durante la década de 1930, los principales gobiernos de América Latina, así como los más dinámicos partidos de base popular, empezaron a moverse hacia una reconsideración de las relaciones políticas y económicas de nuestros países con el resto del mundo. Creo razonable generalizar acerca de esto y sugerir que la apreciación funcional de nuestra interdependencia con el ámbito extralatinamericano se inicia definitivamente durante los años que siguieron a la gran crisis. Más aún, creo que fue durante esos años cruciales que por primera vez nuestras naciones iniciaron a varios niveles —desde el académico hasta el político activo— la formulación de políticas extralatinamericanas más o menos coherentes y funcionalmente relacionadas con la apreciación de nuestra situación dependiente.

Esta tendencia se vio neutralizada con el estallido de la Segunda Guerra Mundial que, al dividir al mundo en dos grandes coaliciones, movió a nuestros países por razones de situación geográfica y convicción a alinearse con las naciones aliadas contra las potencias del Eje. En cierto sentido me parece lícito sugerir que la Segunda Guerra Mundial, cualquiera el grado de participación de algunos en las acciones bélicas —Brasil y México, por ejemplo, tuvieron un papel más activo que los demás— limitó considerablemente las posibilidades de que proyectáramos afuera de nuestra región, una política exterior basada en la nueva apreciación de lo que constituía el interés nacional: los alineamientos fueron casi automáticos y no dejaron mucho margen para maniobrar.

El fin de las hostilidades no resultó en una modificación substancial de la situación puesto que apenas terminado el conflicto y cuando nuestras cancillerías se entregaban con entusiasmo a programar esquemas de cooperación el nivel de las Naciones Unidas, la enunciación de la Doctrina Truman —en 1947— nuevamente planteó una división del mundo que escapaba absolutamente del control de nuestros países y que al mismo tiempo nos alineaba de modo prácticamente inevitable. Dejando de lado las declara-

ciones formales de adhesión a la posición occidental en la nueva confrontación mundial, creo que cabe preguntarse con cuanta sinceridad fue aceptado el dilema de la Guerra Fría en el ámbito político latinoamericano. Indudablemente resultó claro para muchos que tal aceptación abría la puerta para la recepción de ayuda militar y económica cuantiosa, pero de ahí a establecer que los postulados de la Doctrina Truman fueron aceptados como propios por nuestros Gobiernos, estimo que hay una distancia importante.

De todas maneras, el hecho concreto es que el desarrollo de políticas extralatinoamericanas sufrió una postergación inevitable. La actividad diplomática mundial se concentró en las maniobras de las dos grandes potencias por extender zonas de influencia, asegurarse una clientela leal y obstaculizar los esfuerzos de la potencia rival en direcciones similares. Las tensiones de la confrontación generaron temores reales que llevaron a muchos países a postergar temporalmente sus intereses y delegar responsabilidad en organismos supranacionales *sui generis*. Así surgieron en pocos años, una serie de alianzas que confundiendo con las esperanzas de cooperación mundial surgidas luego del holocausto de la Segunda Guerra, dieron a muchos la impresión de que el mundo daba por fin las espaldas al nacionalismo y avanzaba con pasos rápidos hacia la instauración de un nuevo internacionalismo. Tales alianzas incluyeron el Pacto de Bagdad, la OTAN, CENTO, SEATO, ANZUS, el Pacto de Varsovia, y, por supuesto, la nueva Orientación de Estados Americanos que replanteó en sus orígenes la idea de la colaboración interamericana como un subproducto de la Guerra Fría. Ascendió a la marea de la Guerra cubriendo a su paso los picachos de los intereses nacionales de las naciones medianas y pequeñas que formaban la clientela de las dos Grandes Potencias: al descender, durante la última década, estos intereses han reaparecido vigorosamente, puesto que no habían sido eliminados, sino que solamente postergados en función de regímenes supranacionales de cooperación defensiva u ofensiva frente a la amenaza o real de la potencia rival. Así es como el proceso de atenuación del conflicto está marcado por el colapso —como en el caso del Pacto de Bagdad— o por la pérdida de la significación política y militar de estas alianzas como es el caso de la OTAN, después de su expulsión de París por el Gobierno del General De Gaulle, o de la SEATO, que ni siquiera está en condiciones reales de conocer oficialmen-

te la existencia de un conflicto armado en Indochina, o de la OEA, cuya autoridad moral y política, amén de su eficiencia como organismo internacional, está siendo crecientemente cuestionada por las naciones de América Latina<sup>1</sup>.

Simultáneamente, la situación internacional se caracteriza por una vigorosa proliferación del policentrismo; no es posible ya pensar en un área socialista homogénea y controlada desde ésta o aquella capital; algo parecido ocurre en el campo occidental donde la hegemonía política estadounidense ha sufrido limitaciones de consideración hasta el punto que su posición en el mayúsculo conflicto de Indochina está prácticamente huérfana de apoyo de parte de las principales naciones de occidente. El policentrismo no es estático sino que ha surgido paralelamente con la restauración de un extraordinario grado de fluidez en los asuntos internacionales que abre, por primera vez desde la década de 1920, una oportunidad real a las naciones de América Latina de proyectar sus políticas exteriores hacia el ámbito extralatinoamericano.

*Poder económico, militar y político:  
¿una correlación superada?*

Desde que Maquiavelo le definiera tan decididamente en *El Príncipe*, más de cuatro siglos atrás, ha sido casi axiomático en cuestiones políticas internacionales que aquella nación que no posee poder económico o militar significativo, no tiene mucho que hacer en el ámbito político exterior. Aparentemente, la novísima situación de fluidez y policentrismo que ha seguido al fin de la Guerra Fría sugiere que esta correlación clásica no tiene la aplicación que tuviera anteriormente. En primer lugar, el desarrollo de los armamentos termonucleares no ha entregado a sus poseedores un poder político comparable con su capacidad destructiva. Por el contrario, la misma envergadura de estos disuasivos ha tendido a inmovilizar a las Grandes Potencias frente a ciertos desafíos de tipo nacionalista. Las armas atómicas son tan inútiles para someter a las naciones medianas y pequeñas reacias a acatar las indicaciones de la potencia hegemónica, como podría ser una ametrallado-

<sup>1</sup>Es importante anotar que ni el colapso del Pacto de Bagdad, ni la crisis que afecta a las otras organizaciones supranacionales de la Guerra Fría han sido el resultado de acciones de la potencia rival, sino que la consecuencia del resurgimiento del nacionalismo, la proliferación policéntrica y la restauración de la fluidez en la política internacional.

ra para mantener orden dentro de un kindergarten. Las dos potencias hegemónicas aparecen como dos enormes entes, armados hasta los dientes, inmovilizados por el peso tremendo de sus armamentos y abrazados en un esfuerzo sincero por no perturbar un orden establecido que precisamente incluye sus posiciones hegemónicas sobre una parte del globo. Cada uno de ellos comprometido por razones de supervivencia y reciprocidad funcional a respetar la esfera de influencia del otro: así los Estados Unidos aparece imposibilitado de intervenir en Checoslovaquia y la Unión Soviética, en Santo Domingo. Ambos mostrando una tremenda capacidad para resistir desafíos en su respectiva esfera de influencia siempre que éstos no reciban apoyo imaginario o real del contrincante mundial, pero al mismo tiempo, eminentemente vulnerables a los desafíos desde su propio campo cuyos orígenes o tendencias son próximos y no pueden ser asociados con iniciativas o apoyo del rival hegemónico. De este modo, cualquiera el disgusto del Gobierno de los Estados Unidos con el General De Gaulle, nunca se pudo acusar al líder francés de ser comunista o de estar bajo influencia indebida del ámbito socialista. Igualmente inconcebible es que la Unión Soviética pudiera acusar al Gobierno de Rumania de colusión con los Estados Unidos, o de pretender abandonar el campo socialista.

Esta nueva situación ha reforzado la fluidez evidente que se nota en el campo internacional y que permite que en la estructuración de su política exterior las naciones tengan pocas o ninguna dificultad en cruzar líneas ideológicas según convenga esto para adelantar lo que ellas consideran es el interés nacional. He ahí, por ejemplo, que uno de los más estrechos nexos funcionales con que cuenta Cuba en el exterior, aparte de los países de la órbita socialista, es con España, que ha servido en forma eficaz como puerta de entrada para los productos cubanos en el mercado de Europa; igual cosa rige a la inversa puesto que España es un proveedor no despreciable de productos manufacturados —incluyendo naves de alta mar— para la creciente marina mercante cubana. Japón, Australia y Hong-Kong son los principales clientes de la República Popular China y son simultáneamente principalísimos inversionistas en Taiwan. La República Federal Alemana —que hasta hace muy poco mantenía una línea rígida respecto de la Doctrina Hallstein, tiene un comercio de más de mil millones de dólares anuales con la República Democrática Alemana; la misma Re-

pública Federal que vería con malos ojos que una nación del Occidente Europeo o de América Latina estableciera relaciones diplomáticas formales con la República Democrática Alemana, comercia activamente con Hungría y Rumania, ambas naciones que mantienen excelentes vínculos diplomáticos con Alemania Democrática. Los ejemplos pueden multiplicarse *ad infinitum*; evidentemente existe actualmente una gran amplitud de maniobra que ha resquebrajado y pulverizado las barreras diplomáticas levantadas durante los años peores de la Guerra Fría.

Bajo ciertas condiciones cuya vigencia tiende a extenderse, los países medianos y pequeños gozan actualmente de posibilidades de maniobra diplomática mucho mayores de lo que podría sugerir su poder económico o militar.

Esto puede plantearse también diciendo que la capacidad relativa de negociaciones de las naciones medianas y pequeñas ha aumentado mucho más que su poder económico y militar. Desde luego abundan los ejemplos anteriores a la época actual en que naciones pequeñas han defendido exitosamente su independencia y han mantenido posiciones externas desagradables para las Grandes Potencias, contando sólo con un fuerte apoyo doméstico y un grado envidiable de entereza moral. Tal es el caso bien conocido de la República de Irlanda, por ejemplo, que durante la Segunda Guerra Mundial mantuvo su neutralidad a pesar de las fuertes presiones de toda índole por parte de Gran Bretaña y los Estados Unidos. Incluso cuando se vislumbró la posibilidad de que las potencias decidieran utilizar la fuerza para lograr su objetivo, el Gobierno irlandés dejó bien en claro que su pequeño ejército y todo el pueblo, defenderían con sus vidas su decisión de mantenerse neutrales. Sin entrar en los aspectos positivos o negativos de la actitud irlandesa en esos momentos, es evidente que en ciertas situaciones una nación pequeña y relativamente débil, puede mantener posiciones que contrarían los deseos de vecinos poderosos siempre y cuando tales posiciones estén sólidamente basadas en un apoyo doméstico masivo y un liderazgo político claro y decidido<sup>2</sup>.

<sup>2</sup>“The Irish armed forces were very small; there was no question of successful resistance. But resistance there would have been, and the prospect of stirring up the Irish problem in all its complexity was more than either Britain or the United States could comfortably face. The result was intense irritation but De Valera had his way in all

*Verticalidad en crisis*

El fin de la Guerra Fría, la superación relativa de la correlación clásica entre poder económico y militar y capacidad de maniobra diplomática, la crisis económica estructural que afecta a nuestros países y el fracaso generalizado de los esquemas desarrollistas adoptados con mayor o menor entusiasmo durante las últimas dos décadas, han llevado a las naciones de América Latina a cuestionar la verticalidad que ha dominado sus relaciones exteriores políticas y económicas.

No hace falta entrar a describir en detalle las causas de esta verticalidad, basta señalar que si bien durante el centenar de años que precedieron a la década de 1930 la orientación fue primordialmente hacia Europa, desde entonces hasta ahora ha predominado obviamente la influencia —y a veces la ingerencia— de los Estados Unidos. Esta influencia no ha sido siempre el resultado de los esfuerzos estadounidenses; no han faltado casos en que los latinoamericanos se han mostrado más que dispuestos a invitar el acrecentamiento de esta condición dependiente, ya sea en nombre de intereses comunes reales e imaginados, de necesidades técnicas o financieras o inclusive como producto del convencimiento —también síntoma de una fuerte dependencia cultural— de que los Estados Unidos representan una especie de Roma del mundo moderno y que la única alternativa viable para llevar adelante a nuestros países, es asociándonos con aquel centro de poder.

Esta verticalidad funcional se reflejó sobre una opinión pública que casi instintivamente, cada vez que una iniciativa latinoamericana se apartaba de la rutina, dirigía sus ojos hacia Washington buscando en la reacción oficial de aquel Gobierno, o inclusive en los comentarios de prensa, una indicación sobre la calidad y proyecciones de tal iniciativa.

Evidentemente existe hoy día una disposición marcada en prácticamente todos los sectores del aspecto político y en la mayoría de los Gobiernos de los países de América Latina, por modificar esta verticalidad. Esta se manifiesta desde luego en la actitud enfática del Gobierno de Cuba, pero también en el espíritu y términos del Consenso de Viña del Mar<sup>3</sup> y en un clima político gene-

ral que —por ejemplo— hace casi inconcebible hoy día que un candidato a posiciones de responsabilidad pública pueda llevar adelante una campaña electoral exitosa con un programa abiertamente preestadounidense. Este cuestionamiento de la verticalidad no es, como muchos pudieran imaginar, una variación más sobre el rutinario tema del antiyanquismo de la Guerra Fría. Por el contrario, su estilo y vertebración psicológica son positivos antes que negativos y no buscan necesariamente la confrontación sino que pretenden establecer las relaciones entre nuestros países y la nación del Norte sobre nuevas bases más acordes con una situación que ha cambiado mucho durante la última década.

Se diferencia además de fenómenos vagamente similares ocurridos anteriormente —por ejemplo el cambio de la política exterior proeuropea de Brasil, bajo Ríó Branco, en favor de una política proestadounidense— en que no trata de liberarse de un tipo de dependencia para caer en otra, sino que está firmemente enraizada en una convicción nacionalista que dirige la atención no hacia nuevos modelos extralatinamericanos, sino que pretende por primera vez definir una arquitectura política propia. Los alcances de esta nueva orientación son difíciles de predecir pero es indudable que afectan de un modo más profundo y general a todo el ámbito en el que se desenvuelven las actividades de estado que cualquier fenómeno similar anterior en nuestra historia contemporánea.

Uno de los aspectos principales de esta crisis de la verticalidad, se refiere a la aspiración —a veces no bien definida, pero claramente presente— de enriquecer y aumentar las opciones abiertas a nuestra política exterior.

Ya no satisface el establecer relaciones con los países socialistas exclusivamente como un gesto simbólico de desafío a la potencia hegemónica, sino que se busca la estructuración de esquemas funcionales de colaboración económica. Igualmente, a la retórica del Tercer Mundo, ha sucedido el deseo de programar una coordina-

<sup>3</sup>Los países miembros de la CECLA afirman la personalidad propia de América Latina. El proceso de desarrollo de la región y las transformaciones que se están operando en cada uno de sus países, unidas a los cambios que ocurren en el mundo, imponen modificaciones importantes en las modalidades de las relaciones de América Latina con los demás miembros de la comunidad internacional. Es ineludible, por lo tanto, que los países latinoamericanos procuren alcanzar soluciones elaboradas con criterios propios, que reflejen su identidad nacional"

essentials and Eire clinged to neutrality with religious zeal to the end of the war". David Vital, *The Inequality of States*, Oxford, 1967, pp. 101-102.

<sup>3</sup>Basta recordar el preámbulo del Consenso que lee,

ción efectiva con algunos de los países por ejemplo en Africa —con los cuales evidentemente existen nexos de interés bien concretos. Quizás la mejor ilustración de esta tendencia sea la Conferencia de Lusaka y la creación de CIPEC, aunando los esfuerzos de Zambia, el Congo, Perú y Chile para racionalizar la comercialización del cobre en los mercados mundiales.

Igualmente promisorio es el interés latinoamericano por abrirse hacia el Pacífico, del cual esta Conferencia es una manifestación elocuente y de cuya validez las deliberaciones de los últimos días son la mejor evidencia.

#### *América del Sur y el Pacto Andino*

Aparte de muchas otras consecuencias sobradamente conocidas, la firma del Acuerdo de Cartagena ha dividido a la América del Sur en tres; Brasil, Argentina y las naciones del Pacto Andino. Esta división, auspiciosa para el diálogo constructivo, pone fin a la larga tradición de diplomacia intralatinoamericana basada sobre conceptos clásicos del equilibrio de poder. De tener éxito la iniciativa —como seguramente lo tendrá— nuestra parte del mundo gravitará alrededor de tres centros de influencia cuyas relaciones entre sí posiblemente derivarán hacia modalidades que se apartan de lo que hasta ahora hemos conocido. Desde luego el resurgimiento nacionalista universal afecta a estos tres centros de manera diferente. Para nadie es un secreto que la firma del Pacto Andino fue recibida sin mucho entusiasmo por las cancillerías de Brasil y Argentina pero es también evidente que a esa primera frialdad ha sucedido una actitud abierta— que encuentra un eco vigoroso en las naciones signatarias— a encontrar modos efectivos de aunar esfuerzos por adelantar los intereses comunes de la región.

Pero la definición de interés nacional y la adopción de medidas para favorecerlo, difieren marcadamente. Mientras en Brasil y Argentina predomina una actitud más bien escéptica respecto a las iniciativas integracionistas, en el ámbito andino se estima que, por el contrario, es a través de una integración vigorosamente nacionalista, con raíces y estilo propios, que se encuentran las mejores posibilidades de neutralizar y superar la condición dependiente de nuestras naciones. Más aún, las naciones del Pacto Andino no están tratando de buscar un régimen de integración supranacional, que haga necesaria la delegación o postergación de soberanía o intereses nacionales en aras de una supuesta eficiencia. No

existe, en este caso —como ocurrió durante las primeras etapas de la formación del Mercado Común Europeo— una ideología integracionista que se base en la atenuación de lo nacional. Muy por el contrario, se busca la creación de esquemas originales de integración que coordinen los intereses nacionales sin limitar o postergar de ningún modo la soberanía de los países participantes.

Representa esta situación un cambio substancial de lo que conocíamos hasta hace unos pocos años. El carácter integracionista del Pacto Andino es enfáticamente latinoamericano y no un subproducto de la Guerra Fría. Su formación ha generado cambios en la ordenación tradicional de los sistemas de equilibrio que acentuarán la importancia de la diplomacia intralatinoamericana durante el futuro próximo. Finalmente, el nacionalismo de los países signatarios es precisamente un elemento dinámico en este proceso *sui generis* de integración, diferenciándose por esto del nacionalismo igualmente legítimo de otros países sudamericanos.

#### *El Pacto Andino en el contexto de la historia contemporánea*

Toda reflexión histórica es selectiva. Sabemos demasiado y lo que sabemos es a la vez demasiado vago para poder creer que se pueda llegar a escribir una historia definitiva, absolutamente objetiva y basada en hechos cuya definición no admite variaciones. Hubo una sola Revolución Francesa, pero su significado y proyecciones continuarán siendo apreciados e interpretados desde puntos de vista cambiantes mientras haya seres humanos que se preocupen de estudiarla. Desde este punto de vista —que como toda reflexión histórica admite discusión— cada generación exige e inevitablemente consigue, su propia historia.

Estas consideraciones rigen para el pasado lejano pero igualmente tienen aplicación cuando se examina una situación contemporánea. Existe en este último caso además una tentación irresistible de deslizarse hacia la profecía que quizás conviniera que fuera resistida con más frecuencia, pero que es innegable que juega un papel importante en la determinación de los criterios que modifican una visión histórica de lo contemporáneo.

Todo esto lo tengo muy presente al proponer que los siete factores que he descrito muy brevemente en este ensayo preliminar, sugieren una interpretación optimista del significado del Pacto Andino en el contexto histórico contemporáneo.

Me atrevería a proponer con cierta vacilación difícil de evitar, que el Pacto Andino está en una situación de oportunidad sin paralelo en el mundo contemporáneo tanto por las continuidades que lo vertebran, como por la naturaleza de los cambios domésticos y externos que lo modifican. Los cuatro cambios que he mencionado determinan a su vez circunstancias especiales que, vistas desde América Latina en general y desde las naciones del Pacto Andino en particular, podrían ser descritas del siguiente modo: primeramente, el fin de la Guerra Fría —abundantemente comentado e interpretado— ha devuelto la fluidez a los asuntos internacionales y ha ampliado la posibilidad de maniobra de las naciones medianas y pequeñas en el plano externo. Evidentemente ninguno de estos dos fenómenos tiene un carácter absoluto y su aprovechamiento depende de otros factores, pero lo importante es que las rigideces impuestas por la confrontación entre los Estados Unidos y la Unión Soviética han sido superadas de modo apreciable.

Al fin de la Guerra Fría en el ámbito mundial se suma la terminación —dentro de América del Sur— de un esquema de equilibrios de poder tradicional basado en la división y la rivalidad interna de las naciones de la costa del Pacífico. Este esquema está siendo superado y reemplazado por otro que en forma muy preliminar podría ser descrito como de tres áreas de influencia: el Brasil, Argentina y las naciones del Pacto Andino.

En tercer lugar, se percibe en el campo internacional, una atenuación marcada de la clásica correlación entre el poder económico, el poder militar y la capacidad para llevar adelante una política exterior independiente y positiva. Esta atenuación se traduce, evidentemente en oportunidades para aquellas naciones medianas y pequeñas que tengan un grado satisfactorio de viabilidad y que estén dispuestas a aprovecharlas. En el caso de América Latina, me atrevo a sugerir que el deseo de aprovechar la oportunidad ya está presente. Los planteamientos hechos por la CECLA ofrecen alguna evidencia positiva que la disposición de algunos gobiernos andinos de reconsiderar actitudes asumidas anteriormente respecto del régimen cubano también indica un cambio de dirección interesante. En vista de éstos y otros factores decisorios, creo razonable sugerir que existe actualmente en nuestra América el deseo de alejarse de la verticalidad que ha caracterizado a nuestras relaciones exteriores durante tanto tiempo.

Estos cuatro factores, tres de ellos de carácter

pasivo y uno dinámico, reflejan situaciones complejas: por ejemplo, el deseo de poner fin a la verticalidad en nuestras relaciones externas se encuentra estrechamente relacionado con nuestra apreciación del proceso de dependencia y todas sus implicaciones, como asimismo con los cambios substanciales que se están llevando adelante en varias de nuestras naciones respecto de los esquemas participatorios y redistributivos. Lo importante, sin embargo, es que los cuatro factores de cambio, tomados conjuntamente, determinan un desafío ante el cual las naciones del Pacto Andino se encuentran en condiciones notablemente más favorables que las que existen en cualquier otro grupo comparable en el mundo contemporáneo.

Primeramente, estos cambios exigen de las naciones que buscan aprovechar la fluidez coyuntural, una capacidad realmente dinámica para operar en el plano doméstico con rapidez y flexibilidad representando directamente a los sectores principales de la economía nacional y, por supuesto, a los intereses nacionales en su conjunto. Al mismo tiempo, es necesario que estas decisiones políticas puedan proyectarse hacia el ámbito exterior en forma sistemática y práctica.

Los países del Pacto Andino tienen en su conformación político-económica dos factores de continuidad que, cualquiera su carácter en el pasado reciente, se transforma hoy día en claras ventajas para llevar adelante este tipo de política: estos son el robusto centralismo de nuestras estructuras políticas y la compleja y eficiente tradición diplomática característica de nuestros ciento cincuenta años de vida republicana.

Luego, es igualmente claro que para poder operar con alguna posibilidad de éxito en el concierto internacional, se necesita una base de apoyo más amplia y decidora que aquella ofrecida por los marcos nacionales tradicionales. Esta base se ha buscado en otras oportunidades en esquemas de integración supranacionales o proyectos continentales que ya sea por su excesivo eclecticismo o por chocar contra el nacionalismo resurgente, no pueden alcanzar los resultados esperados. En el caso de los países del Grupo Andino, la tradición centrípeta del área entre los Andes y el mar, señalada en cuatro instancias históricas de consideración, sugiere que la posibilidad de estructurar una coordinación viable entre estas cinco naciones encontrará menos obstáculos de los que inhiben a iniciativas similares en otras partes del mundo.